

POLÍTICA, POCA, PERO BUENA.

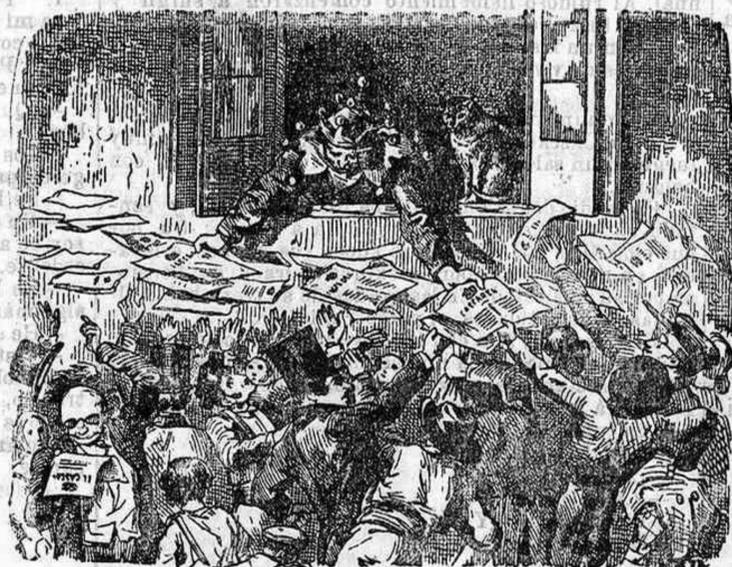
CINCO NÚMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Calle de los Caños 4, bajo.

DIRECCION.—Calle de los Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas, y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses 20 rs.—América, 40.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FURRE SONARÁ.

REVISTA SEMANAL.

¡Lectores! Llegó el momento en que nuestros partidarios tienen ocasión de manifestar la constancia en sus ideas y de defender nuestra causa común, la causa más santa y justa.

¡Lectores! Aprestad vuestras armas, preparados, la hora es llegada; nosotros aborrecemos la guerra, pero la admitimos cuando la lucha es noble, aunque sea desigual.

¡Lectores! ¡La hora ha sonado! El triunfo de nuestras ideas está cerca, nuestros principios, nuestra doctrina, nuestros sacrificios van á verse recompensados.

Un esfuerzo más, algunas horas más de prueba, de valor y de heroísmo, y nuestro enemigo se verá precisado á huir cobardemente, á dejar el campo y la ciudad, á abandonar su presa avergonzado, humillado y despavorido.

¡Lectores! Que no penetre en nuestras filas la cobardía, que todo lo devasta; ¡valor y á él!

Mayores que él somos en número, disciplina y valor; no vacileis un momento defender vuestras vidas con heroísmo hasta el último instante, defendedlas con valor; todo el mundo reconoce la justicia de nuestra causa, todo el mundo es nuestro partidario.

¡Adelante! y no retrocedais un paso; ¡adelante! hombres y mujeres, viejos y niños, pobres y ricos, enfermos y sanos, todos sois útiles para esta lucha.

No necesitáis otras armas para vencer que el valor; tened valor, y vuestras víctimas serán en corto número; tened valor, y pronto habrá triunfado nuestra causa.

El CASCABEL es amigo de todos y enemigo de que se derrame sangre; por eso os anima á la lucha, porque la victoria es fácil, y en lugar de exponer, asegurais vuestras vidas.

¿Queréis conocer el nombre de nuestro contrario? ¿queréis saber cómo se llama nuestro común enemigo?

¡Sí, sabedlo, aprendedlo de memoria y jurarle horror, aborrecimiento, odio y exterminio.

Ese enemigo fatal, siniestro, que hiere sin dar el rostro, que no tiene armas visibles ni cuerpo vulnerable, se llama... ¡EL CÓLERA!

¡El cólera-morbo! El huésped del Ganges, como le llaman los periódicos que tienen miedo de pronunciar su nombre.

¡Sí! amigos y partidarios nuestros, ese enemigo traidor atenta contra nuestras y vuestras existencias.

Nosotros, que fuimos, somos y seremos siempre conservadores, pero conservadores de la vida, que es el don más precioso del cielo, no podremos sufrir que se atente á ella, que se hollen nuestros más sagrados principios y fines, y combatiremos y lucharemos!... ¡vaya si lucharemos!

No hay que hurtar el cuerpo, no hay que

huir á lejanas tierras, no hay que ocultarse en su casa para evitar su terrible influencia, esos son medios probadamente insuficientes.

Se trata de defender la vida, y hay que sacar esfuerzos de flaqueza.

La resolución, la serenidad, la energía, la tranquilidad, la presencia de ánimo, la decisión, el valor, y siempre el valor; he ahí las mejores armas para combatir el cólera.

No soy yo quien lo dice, lo dicen los hombres de ciencia, los doctores, que no son personas sospechosas.

«El miedo y las emociones morales predisponen á contraer el cólera; mientras que la tranquilidad de espíritu y el valor son excelentes preservativos de la epidemia.»

Eso lo dice uno de tantos autorizados folletos que corren de mano en mano, y en eso convienen los médicos todos, alópatas y homeópatas, que enumeran entre los predisponentes al cólera el miedo y la preocupacion constante de la enfermedad.

Conque ya lo sabeis, amigos y partidarios nuestros; afuera el miedo, que es de débiles y cobardes; seamos valientes... y viviremos.

No lo fieis todo á la higiene del cuerpo y á las precauciones exteriores; no os entreguéis por completo al espíritu de alcanfor, al *veratrum arsenicum*, láudano, magnesia calcinada, vomis purgativos, polvos de azufre, hiepcacuana y otros mil preservativos higiénicos y medicinales en que abunda el arte de curar; la alegría, la tranquilidad de espíritu, en una palabra, el valor es el gran preservativo.

Perded el valor, y os sucederá como al soldado cobarde y provisto de municiones; desfallece porque le falta el ánimo.

Animo pues, lectores; vuelva la alegría á vuestro rostro; sabemos el mejor método de vencer, y venceremos.

Si en la lucha queda alguno, honrosa es la muerte cuando viene de mano de Dios; suya es nuestra vida, tributo es que tarde ó temprano le hemos de pagar; si El se lo cobra, es seguro que así nos conviene.

Que no puede uno menos de compadecerse de sus desgraciados hermanos; que no puede ser indiferente á la agena desgracia, enhorabuena, para eso está la caridad, tan frecuentada felizmente entre nosotros; haced bien, y hallareis más tranquila vuestra conciencia, más satisfecha vuestra alma, más alegre vuestro espíritu y más méritos á los ojos de Dios.

Compárense los que se precaven con los pobres, que por solo ser pobres están más expuestos al peligro, y hallarán de seguro muchos motivos de que alegrarse y por qué dar gracias á Dios.

Seamos, pues, animosos, caritativos, esforzados y valientes; unámonos, juntémonos, hermanémonos y ayudémonos para combatir con

valor nuestro comun, feroz, fatídico y terrible enemigo; que cada cual haga por sí y por su prójimo; que nadie le permita hospedarse en su morada, y ese comun, feroz, fatídico y terrible enemigo se verá obligado á desterrar de este pueblo unido, hermanado, animoso, caritativo, esforzado y valiente.

Mas ¡oh felicidad! ¡oh dicha! ¡victoria! ¡victoria! (Que no crea alguno que llamamos al duque de la idem)

Acabamos de saber por la opinion y la prensa, á lo que es lo mismo, por su *eco imparcial*, que el cólera huye, que la enfermedad disminuye, que la salud pública mejora; y aunque no lo dijera el *eco imparcial*, lo sabemos por más infalibles mensajeros, por mensajeros que nos vienen por el aire; lo sabemos, señores, por los gorriones, por los gorriones que han huido del contagio y vuelven á anunciarnos que la atmósfera se ha purificado; por los gorriones, que no son como los periódicos, que tienen interés en engañarnos; por los gorriones, que en esta ocasión son el verdadero *eco imparcial*.

Vuelva, pues, la fisonomía á vuestros semblantes y la alegría á vuestros regocijos, digo, al revés, el regocijo á vuestra fisonomía y la alegría á vuestros semblantes, y demos gracias á Dios, que de buena nos hemos librado.

El cólera va de capa caída. ¡Viva, digo, muera el cólera!

La salud pública mejora. ¡Viva la salud pública! El público está de enhorabuena. ¡Viva el público!

Apénas nos veamos libres de la plaga del cólera, vamos á ser completamente felices.

¡Ah! se me olvidaba, que aun nos queda otra plaga. ¡El Gobierno!

Contra esta plaga no sirven recetas ni preservativos.

En presencia del Gobierno sí que no es posible tener alegría ni tranquilidad.

Está uno tan alegre, pero se acuerda de Zapatero, y ¡adios, alegría!...

Salta uno y brinca de contento porque los negocios se le presentan *talcaulejamente*, pero se acuerda del ministro de Hacienda, y no hay mas que ponerse á llorar por uno, y por dos, y por todos, y eso sin acordarse de la contribucion, otro cólera que hace no pocas víctimas.

Ahora nos quiere *camelar* el Gobierno, y al efecto nos ha soltado una circular del señor Posada Herrera, en la que nos habla de las intenciones del ministerio en eso de las elecciones.

Sabemos que el público no la ha leído, porque habiendo prohibido los médicos todo género de excesos, y siendo la circular de muy difícil digestion, ha tenido el público buen cuidado de no llegar á ese plato de gusto.

Estos dias nos hemos olvidado todos felizmente del Gobierno, le dejamos hacer todo lo

que quiere, no le despojamos de ilusiones engañosas, y consentimos que nos disuelva Cortés, y nos dispare circulares,—como disparará otra cosa, si á mano viene,—y le perdonamos su actitud en las presentes circunstancias, atrincherado allá en el fondo... en el fondo de calamidades públicas... El cólera ha venido á quitar toda importancia al Gobierno, y ya nos hemos convencido de que el Gobierno no es ninguna cosa grande mas que en el nombre...

Conque lectores, mucho ojo con los cólicos y demás excesos; cuidarse mucho, que ahora todo es poco, y me alegraré que al recibo de estas desaliñadas líneas se hallen VV. con la cabal salud que yo para mí deseo, á Dios gracias. Y á la mano de Dios, que nadie se muere hasta que Dios quiere; y como dice una vecina mía:

No tengo miedo á la muerte
aunque pase por la calle,
que sin permiso de Dios
la muerte no mata á nadie.

MINISTERIO DE JUSTICIA SIN GRACIA.

Antes de entrar en materia debemos hacer y hacemos una leal declaración para que el señor Calderón Collantes no pida la palabra dándose por aludido en el epigrafe. No, no hay en ese inocentísimo tema ninguna alusión personal ni impersonal, toda vez que el ministerio en que entramos no tiene, como queda dicho, maldita la gracia, mientras que tiene más de mucha tanta gracia como justicia el Ministerio de Justicia y Gracia del señor Calderón Collantes.

Hecha esta salvedad, que juzgamos necesaria por una cuestión de orden, ó sea de lapiz rojo, dejemos atrás al señor Comanates y sigamos nuestro camino hácia adelante en paz y en gracia de Dios, no de su excelencia.

Pues señor, como íbamos diciendo antes del epigrafe, una de estas noches en que el cielo se teñía de un azul sombrío, oscuro, negro, color que no habíamos visto en ninguna parte sino es en el banco azul, salió El Cascabel á espaciar el ánimo, un tantico oprimido por lo que á todos nos pasa, y ensimismado en sus profundas reflexiones fué andando andando hasta salir al campo, por donde sin apercibirse de ello, aldivo más y más, y tanto se alejó de la desierta corte, que se halló al fin y al cabo en otra corte más grande y tenebrosa y desierta que la de Madrid.

Al volver en su acuerdo El Cascabel, miró asombrado en las treinta y dos direcciones por que puede soplar el viento, sin ver tierra ni aun cielo conocido; llamó en su auxilio todas sus reminiscencias geográficas e históricas, y se quedó tan á oscuras como antes; con u tú su reloj, y estaba parado; quiso consultar las estrellas, y no había... Sin embargo, el cielo, ó lo que fuera aquel capuz, no estaba anublado; estaba azul, aunque no tanto como el dichoso banco.

Pues señor, dijo El Cascabel hablando consigo mismo, como quiera que no tenía á quien decirselo; esto es que se acabó la ciencia, y la historia, y el tiempo, y el mundo. Me alegro, siguió diciendo con cierta sonrisa; así se acabará también el ministerio.

En esto y por la parte del Sur, que es por donde sopla el viento ministerial, oyó así como una armonía de mil diablos, música estrepitosa como si fuera la celestial de aquí abajo, y tomándolo por el hilo del ovillo de aquel Dédalo, hacia el Sur enderezó sus pasos.

A no habérselo acabado el tiempo, es decir, si el reloj no se le hubiera parado, El Cascabel habría andado siete u ocho la gas horas antes de llegar al gabinete, sala ó salón de donde salía el son celestial de la diabólica orquesta; mas no teniendo hora, anduvo anduvo hasta cansarse, oyendo siempre la música á la misma irreducible distancia.

Y cansado se sentó sobre una piedra del camino, apoyó los codos sobre las rodillas, la frente sobre las manos, cerró los ojos y se dió á meditar.

Un trullí de orquesta, ni más ni menos que un trullí de rayos y truenos te una tempestad atacada de cólera-morbo asiático, le hizo saltar de la piedra con la boca abierta y los ojos más. Al salir así del yo y mirar al no yo, esto es, al salir El Cascabel de El Cascabel y mirar lo que no era Cascabel, vió con asombro que se hallaba en el vestibulo de un palacio, que á él, en su temerosa susceptibilidad, le pareció ministerio de alguna justicia sin gracia ninguna que digamos.

La música había cesado, y el silencio más profundo, y por decirlo así, denso y pavoroso, le chillaba en los oídos con ese son agudísimo de ya inapreciable tono, que no es tono ni son, sino simplemente la voz del miedo, ó más simplemente el miedo, que no tiene necesidad de hablar para hacerse entender, porque está dentro de uno mismo.

—¿Dónde diablos estoy? preguntó El Cascabel naturalmente.

—¡Aquí! contestó exhibiéndose una entidad incógnita arrebujaia, misteriosa.

—Ahorrárase la respuesta, porque eso me lo sabía yo ya, con perdon de V. ó de V. E.

—¡Silencio!

—Y entonces ¿cómo he de saber yo dónde diablos estoy?

—Ya lo sabreis.

—Dígame al menos, si no es mucho preguntar, quién es V. ó V. E.

—Yo soy... yo.

—¿Qué do enterado.

Y El Cascabel se acercó hácia la voz curiosamente y retrocedió espantado al feísimo aspecto de aquella vi-

sion, ya desarrebujada, que se puso á tocar coléricamente una trompeta no menos horripante que la del juicio final. Al ruidoso llamamiento comenzaron á surgir y caer, pulular por todas partes, sombras de muertos vivos, y en un instante se llenó el vestibulo, y la plaza, y las calles de vivos y vivos y vivos, muertos por supuesto.

La innumerable legión invadió el palacio, y arrastrado El Cascabel por aquella turbamula, vióse muy luego en un salon vastísimo donde todos cupieron con holgura.

En medio del salon se alzaba un como tronco, y sentado en él una mujer fea y hermosa á la vez; fea por sus ojos fijos, sus labios apretados, sus manos crispadas, en una palabra, por su expresión iracunda; hermosa por su majestad. En las gradas de su trono habia algunas otras entidades, al parecer ministros.

El Cascabel, aun con la boca abierta y los ojos más pasó su mirada por la muchedumbre y reconoció entre los circunstantes á más de cuatro amigos. Tocó en el hombro á una de estas conocidas sombras, y trabaron por fin conversacion.

—¡Hola!

—¡Adios!

—¿Cómo estás?

—Bien; gracias. ¿Y tú?

—Gracias, bien.

—¿Tú por aquí?

—Así parece.

—¿También te tocó la china?

—¿Qué china?

—La que á mí.

—Hombre, pues yo no la he sentido.

—Entonces ¿cómo te hallas entre nosotros?

—Me has robado la pregunta. Pero te haré otra ú otra. ¿Quién es esa gran señora que se ve ahí en medio?

—Temis.

—¿Luego estamos en el infierno?

—Sí.

—¿Caramba! ¿Pues cómo bajé yo tan hondo?

—No te pese, que vas á presenciar el más solemne acto de justicia.

—Ya dije yo que esto me parecia un ministerio sin gracia.

—Todos nosotros hemos venido á oír nuestro desagradio.

—¿De qué se trata?

En esto sonó otra vez la trompeta de marras, y muy luego apareció por una puerta falsa un reo encadenado, á quien traían cuatro alguaciles con grandes precauciones: cada uno de ellos tiraba por su lado de una larga cadena para volver y revolver al reo en la direccion conveniente, conservándose siempre á respetuosa distancia, como si temieran su contacto.

El reo era en efecto espantoso: alto, descarnado, cejijunto, de tez embetunada, de ojos hundidos, de labios verde hiel, de dientes pajizos y de uñas corvas, afiladas y agudas como fieras guadañas; el reo se recomendaba por sí solo á la justicia infernal con las simpatías de sus prendas personales.

Al exhibirse en toda su horripilante y sádica fealdad, todos los vivos del concurso, aunque muertos, se llevaron á las narices, por instinto de conservación, sus sendos frasquitos de esencia de alcanfor, y El Cascabel, comprendiendo la indirecta, se tapó hácia los oídos por no tener á mano otro mejor preservativo.

Traído el reo ante el tribunal, dijo la justicia:

—Auto. Identifíquese su persona y se proveerá.

Una desgraciada entidad de las que estaban en las gradas del trono, especie de notario mayor de aquel oscuro reino, enderezó al reo el siguiente preguntado:

—¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo, contestó el reo con cierto orgullo, *Cólera-Morbo-Asiático*, natural de la India, bautizado en el Ganges; soy transeunte, soltero y mayor de edad.

—Sentencia. añadió la justicia levantándose.

Todos los muertos, incluso El Cascabel, contuvieron su aliento vital, y sucedió un silencio tan profundo como el lugar en que se hallaban.

Y la justicia continuó:

—Considerando que el llamado *Cólera-Morbo-Asiático* está convicto y confeso de millares de millares de asesinatos, convicto por la unánime declaración de todas sus victimas, testigos mayores de toda excepcion en esta causa, y confeso por su misma desvergüenza;

Considerando que en su feroz antropofagia no ha respetado sexos ni edades ni méritos, sino que hace á todo sin saciar nunca su famélico apetito;

Considerando que todos sus asesinatos llevan el sello de la traidición más alevosa, por cuanto el asesino hiere siempre por la espalda y con puñal envenenado;

Considerando que es incapaz de arrepentimiento y aun de enmienda, pues queda probado en autos su centuplicada reincidencia;

Considerando que no ha obtenido el perdon de una siquiera de sus victimas, ni encontrado tampoco en este reino é isla adyacentes un abogado entre tantos que osara encargarse de su defensa;

Considerando que ni tiene en su abono ni el testimonio de un escribano que diera fe de haber observado alguna vez buena conducta, sino que al contrario, están certificados en la causa todos los vicios de una vida vagabunda;

Considerando que pasa ya de castaño oscuro el color de tantos excesos impunes, como si quien los comete fuera algun ministro;

Considerando esto y todo lo que dejamos de considerar:

Este Ministerio de Justicia sin Gracia, constituido en tribunal,

Falla:

Que debe condenar, y de hecho y de derecho condena al *Cólera-Morbo-Asiático* á los profundos infernos.

—Pido la palabra.

—¿Para qué, señor Cólera?

—Para una cuestión de hecho.

—¿Tiene usia la palabra.

—Protesto de los vicios de la causa y de la ilegalidad de la sentencia:

1.º Porque yo no mato más gente que la que necesito para mi escaso sustento, muriéndose los demás sin que se los coma nadie;

2.º Porque en ese proceso sé me juzga y sentencia únicamente haciendo caso omiso de mi cómplices.

—¿Quiénes son vuestros cómplices? preguntó el tribunal.

—Los gobiernos y autoridades, que me hicieron la olla gorda para dejarme ahora en las astas del toro.

—Se hará comparecer á los cómplices.

—En ese caso, se atrevió á decir El Cascabel, yo que soy de allá, me encargo de hacer la notificación procedente.

—En buen hora, contestó el tribunal. ¿Tiene el reo algo más que decir?

—He dicho bastante.

—Visto.

Y volvió á sonar la trompeta con tan horripante estrépito, que se hundió el tribunal y el palacio y la nebulosidad y el Cólera, y se despertó El Cascabel.

Solamente soñando se puede presenciar tanto disparate.

EL DIA FATAL.

I.

Hay algunos personajes tan supersticiosos, que creen que el viernes es el más nefasto de los días de la semana. Doña Teresa es una de aquellas personas; y su ridícula manía hace desgraciado á su esposo, mi particular amigo don Pantaleón, que no cree en agüeros ni en tonterías del otro mundo.

Una tarde, don Pantaleón recibió una extensa carta de uno de sus amigos para que fuese á pasar ocho días en Aranjuez, que es donde el amigo reside todos los veranos.

—Querida Teresa, dijo don Pantaleón, mañana á primera hora saldremos para Aranjuez. Nuestro amigo Lopez nos convida á pasar en su casa una semana deliciosa.

—Me parece bien, respondió la costilla de mi amigo; pero... dime, hijo, hoy es jueves, ¿verdad?

—Sí, hija mía, jueves.

—¿Es decir que mañana será viernes?

—¡Si no te opones!

—¡Ay! En ese caso me es imposible acompañarte.

—¿Comienzas de nuevo á creer en tonterías?

—Serán tonterías, no lo dudo, pero yo soy así; ¿y qué remedio?

—Es necesario, preciso, indispensable, que salgamos mañana: dice don Pantaleón, que en esto desinonimó le moja la oreja á Ríos Rosas.

—No puedo, Pantaleón, no puedo.

—Figurate que los de Lopez saldrán á esperarnos...

—¿Que salgan!

—Pero es que mañana celebran el cumpleaños de...

—¡No!

—Pero es que...

—¡Jamás!

—Oye, es que...

—¡Nunca!

Don Pantaleón se dirige á un estante de libros y saca un tomo; busca la página tercera, y lee:

«La mujer debe seguir á todas partes al marido.»

Y luego añade:

—¿Quién no cumple al pié de la letra lo que en este libro se ordena, está maldito de Dios. ¡Ejem! ¡ejem! ¡ejem! ¡ejem! Este libro lo escribió un mágico melenudo que tenía una nube en un ojo y que...

Doña Teresa palidece, sus cabellos se ponen de pie, se crispan sus dedos, y exclama:

—Bueno, Pantaleón, bueno. No hay más que hablar. Mañana á primera hora saldremos de Madrid, y suceda lo que quiera.

II.

Durante la noche, mientras don Pantaleón duerme como un diputado aragonés, su mujer se levanta de la cama, y caminando á paso lento se dirige hácia la chimenea. ¿Que va á hacer? Una cosa muy sencilla y á la vez muy grave. Va á atrasar el reloj en dos horas, para que cuando don Pantaleón despierte, se vuelva del otro lado y diga: «¡todavía hay tiempo!»

Oh mujeres! ¡Sabéis mucho, mucho, mucho!

¡¡Muchísimo!!

III.

A las cinco de la mañana, don Pantaleón abre los ojos.

—¡Vamos, hija mía, dice rascándose la nariz, vamos, que ya es tarde!

—¡Tenemos tiempo de sobra! exclama la habilidosa conyuge; son las tres, ya ves tú si la cosa lleva prisa.

—¡Es verdad! Pero no deja de ser extraño... hay ya tanta luz... y tanta...

—¡Cá, hombre! ¡Si esa luz es de luna!

Don Pantaleón, un poquito escamado, salta de la cama y va á mirar su reloj, que está metido en un calcetín.

¡Bien decía yo! grita semi-desesperado. El reloj de la chimenea va mal; en el mio son las cinco y diez. ¡Arriba, hij, arriba!

Doña Teresa reniega de su torpeza. Se le olvidó retrasar el *calderimetro* de su marido. ¡Ah, olvido lamentable! No queda mas recurso que vestirse y dirigirse á la estación del Mediodía!

IV.

La pobre señora sube á un wagon de primera lanzando suspiros mayúsculos.

—Está V. enferma? le pregunta una viajera.

—¡Poca cosa! dice don Pantaleón procurando evitar que su mujer responda.

—¿Quiere V. un frasco de éter? vuelve á preguntar la otra señora.

— Gracias, exclama doña Teresa, que parece una estatua de sal. El éter no me impedirá saltar....
 — ¡Ah! ¡ya! es V. nerviosa, por lo visto....
 — No, no es eso; quiere decir que de todos modos hemos de saltar por la ventanilla....
 — ¿Será posible, señora? ¡No me lo diga V. por Dios!
 — ¿Ignora V. acaso en qué día estamos?
 — ¿Es V. supersticiosa?
 — ¡Pst! Yo no sé, pero creo que el viernes es peligroso.
 — ¿Le ha sucedido á V. alguna desgracia en viernes?
 — A mí precisamente, no; pero á una amiga mía que emprendió un viaje con su esposo en vispera de sábado.... ¿no adivina V. lo que le pasó?
 — ¿Hubo algún choque tal vez?
 — No.
 — ¿Y, vamos; un descarrilamiento.
 — Tampoco.
 — ¿Qué sucedió pues?
 — El marido de mi amiga murió de un ataque de apoplejía.
 — ¿En el mismo wagon?
 — No; en su casa, cinco años despues del viaje. Estoy segura de que hoy nos va á suceder algo.
 — ¡Poco á poco, hija mía, exclama don Pantaleon, cuidado con lo que dices!
 — ¡Ay Dios mío! Se ha parado el tren.
 — Naturalmente. Hemos llegado á una estación.
 — ¡Yá; pero nunca suelen detenerse los trenes de una manera tan inconveniente.
 — Teresa, creo que estás un poco mal de la cabeza!
 — ¡Tú sí que tienes unas cozas!
 — No, no, perdona. ¡Yo no tengo nada en la cabeza! ¿sabes?
 — ¿Me permites que te haga una pregunta?
 — ¿Cuántas quieras!
 — ¿Tienes hecho tu testamento en toda regla?
 — ¡Canastos! ¡Mujer, te has empeñado en matarme á disgusto!
 — ¡Ay Pantaleon! Si no hubiéramos salido de Madrid en un día tan terrible....
 El tren cambia de máquina, y un viajero que iba durmiendo, y que sin duda debía ser tan medroso como doña Teresa, se despierta sobresaltado creyendo que ha habido un choque, y se va á arrojar por una ventanilla.
 Doña Teresa da un grito como si le hubieran pegado un pellizco. El viajero se incomoda y dice:
 — Señora, permítame V. que le diga que no había por qué gritar de esa manera....
 — ¡A mi mujer no se la insulta! grita don Pantaleon poniéndose azul.
 — ¡Vaya V. á pase! grita el viajero enseñando los dientes.
 Don Pantaleon le llama *soez*, y el otro le mira de arriba abajo y le da su targeta.
 — ¡Admito! dice el irritado marido, y á su vez entrega su targeta al viajero feroz.
 V.
 — ¡Aranjuez! gritaron los empleados de la vía al poco rato.
 Don Pantaleon y su señora bajan del wagon.
 — Ya ves, dice doña Teresa con voz angustiada, ya

ves lo que nos ha sucedido por tener tal empeño en salir en viernes.... ¡Bien decía yo, que nos aguardaba alguna desgracia!
 — ¿Desgracia?
 — ¡Sí!
 — ¿Cuál?
 — Tienes un desafío pendiente....
 — ¡Bah! ¡bah! ¡bah! ¡mujer! no tengas cuidado por eso: no hay miedo....
 — ¿Pues qué? ¿Vas á rehusar el duelo? Has entregado tu targeta al viajero....
 — ¡Cállate, mujer; ¡soy yo tonto! ¡Le he dado la de un amigo mío!
 — ¿Qué horror! ¡Y cuando los testigos de tu contrario vengán á entenderse con tu amigo?
 — No responderé una palabra: se murió de un golpe de tos hace quince días.
 EUSEBIO BLASCO.

Á LOS VALIENTES.

¡Ah! valientes, los valientes que apenas asomó el cólera, apelasteis á la fuga como medicina heroica; los que, mientras aquí estábamos llenos de angustia y zozobra, ibais por esos caminos con alcanfor en la boca, y alcanfor en el chaleco, y alcanfor hasta en las botas, y con más ruido en las tripas que el de la locomotora, sin acordaros entonces de conciertos ni de óperas, ni de empleos ni de bailes, ni de amores ni de modas, bien bicisteis, bien nicisteis, así Dios os dé la gloria, en abandonar la corte, que está apesada del cólera, porque cuantos menos buitros mayor claridad se nota.... pero ya que os habeis ido, por Dios os suplico ahora que no traigais á la corte vuestras gallardas personas, aunque os digan que aquí estamos limpios de la peste hedionda.... porque suceder pudiera que trajerais como escolta, para haceros los honrosos, el endemoniado cólera.... No vengais, — que no hacéis falta, — hasta la Cuaresma próxima; cuidad de vuestro dinero, de vuestra salud preciosa, pensad en alguna cábala política que os dé honra, preparad las elecciones.

en fin, haced esas cosas de que los pueblos se rien, con las que los pueblos lloran, y la peste... con la peste que los pobres se compondan.... que á gente como vosotros no debe llegar el cólera.

CASCABELES.

Señor Director de Correos:
 Muy señor nuestro: Hemos hecho un Almanaque de El CASCABEL, que nos ha costado un dineral. Esta semana vamos á dar á la renta de Correos otro dieral por los miles de Almanaques que enviamos á provincias; pero advertimos á V. S. que todas las reclamaciones de nuestros suscritores que no reciban los ejemplares se las trasladamos á V. S., y por cada Almanaque que se escaballa, le vamos á pedir á V. S. cinco reales, y si no nos los entrega bien á bien, le llevaremos ante el juez de paz del distrito. Conque recomiende V. S. á sus empleados que moderen su apetito y dejen llegar los Almanaques á su destino.

Hemos descubierto la causa que produce el desarrollo del cólera en España, y se la vamos á comunicar al lector.
 La causa del cólera está en los Gobiernos. Y si no, adviértase que lo primero que hacen los Gobiernos apenas entran en el poder, es hacer un sinnúmero de deposiciones.
 Los Gobiernos infestan al país de esta manera.

Estos días se han fumigado algunos sitios con pólvora.
 ¡Quiera Dios nuestro Señor que no haya de estas fumigaciones cuando pase el peligro del cólera!

El Director de Estadística nos ha remitido el magnífico segundo tomo del *Nomenclator* de las provincias de España. Le damos las gracias y encarecemos su actividad, inteligencia y celo en el difícil ramo que tiene á su cargo.

La lotería le ha caído á la Renta en los dos premios mayores de la última extracción.
 El Gobierno debía haber aplicado el producto de estos dos premios á los pueblos que sufren la epidemia.

El cólera traerá una cola muy larga.
 Ya lo verán VV.
 Nos hemos reído mucho, y ya empezamos á llorar.
 Dios nos asista.

La circular sobre elecciones está muy bien escrita; pero eres Posada y no te creo, y aunque Posada se vista de legalidad, siempre le abriga la influencia moral, y debajo de una ley electoral está la influencia moral, y el que hace unas elecciones malas hace doscientas peores.

LA JUSTICIA POR SU MANO.

LEYENDA.
 IV.
 (Continuación.)
 — Pues bien: ha de saber V. que el difunto (que esté en gloria) me quería á mi mucho y....
 — Ya lo sé.
 — Y que yo.... no lo quería á él poco.
 — Ya lo sé.
 — Y... pues... nos queríamos y....
 — Eso no tiene nada de particular.
 — Es que nos queríamos y....
 — Ya, ya entiendo.
 — ¡No es eso, hombre de Dios!
 — ¿Pues qué es?
 — Es que... á cualquiera le sucede una desgracia y... pero, en fin, si V. no tiene escrúpulo...
 — Nada de eso: nos casaremos, hija.
 — Pero ha de ser muy pronto.
 — Sobre la marcha.
 — Antes que...
 — ¿Cómo?
 — Digo que antes que...
 — No entiendo.
 — Quiero decir que... no puedo esperar, porque estoy... comprometida.
 — ¿Cuerno!
 — ¿Pues se vejestorio! ¡no se lo estoy á V. diciendo, ó quiere que se lo sirva con cuchara?
 — ¡Tate! no comprendí la indirecta.
 — ¿Es eso ya despreciarme? Pues no hay que tirarme piedras, que á V. también le puede suceder una desgracia.
 — A mí qué desgracia me ha de suceder?
 — Nadie diga «de esta agua no beberé.»
 — Pues yo digo que no beberé de esa agua.
 — ¡Así honra V., ingrato, la memoria de su amo, despreciando su última voluntad!
 Y la perla se puso á gimotear, derramándolas lágrimas de sus grandes ojos.
 — ¡Vamos! no hay que llorar, mujer, que no lo digo yo por tanto, dijo el avaro enterneciéndose á su modo, esto es, calculando. Decir quise que desbarataba mis planes tu penuria, porque tengo... lo que tengo en especie, y no es este el mejor tiempo para vender, que hay que hacer dinero para los gastos de...
 — Si eso hubiera dicho vuestra merced en buen ro-

mance, ya estaría la lite rematada, porque tengo yo hasta doscientos ducados en pesos de buena plata, y sin esto otro tanto en joyas de no mal oro.
 — Pues entonces, Geromica, no hay más que hacer sino echar por el atajo. Préstame esa cantidad, que yo te la devolveré...
 — ¡Qué dev. ¡ver ni prestar! Pues por dicha, ¡no han de ser ya comunes nuestros bienes?
 El avaro no podía aceptar este principio sin reservas: quería la cantidad de bienes de ella, pero de ningún modo los de él. Por lo mismo no quería su prenda: tampoco quería espartar la caza con un silencio sospechoso; y siendo preciso contestar á go, dijo y no dijo, diciendo:
 — ¡Eal!
 Contenta como en vispera de Pascua, abrió la novia un cofre y expuso á la codiciosa vista del avaro su dinero y joyas.
 Despues de embosar la plata, dijo el amante con cierta seacillez, contemplando el oro:
 — Mal tienes aquí esas joyas, Geromica: mira que hay ahora gente *non sancta* en el pueblo, y pudiera suceder que te dieran un golpe de mano.
 — ¿Y dónde he de guardarlas? interrogó la futura sin comprender la intención.
 — ¿Que dónde? Pues... en mi casa, que allí las tendrás siempre garantidas.
 — Pues lléveselas V. también.
 — Yo por mi, hija, no tengo empeño ninguno, dijo el avaro agarrando las alhajas; pero, en fin, si es tu gusto....
 — Mi gusto y mi última voluntad.
 — Ahora bien, añadió el heredero de esta especie de testamento *inter vivos*, tú misma has de señalar el día de nuestros faustos desposorios.
 — Antes hoy que mañana.
 — Tres días feriados han de pasar, cuando menos, con moniciones y demás diligencias canónicas y no canónicas.
 — Vaya por los tres días, pero cuatro nó.
 — Es cosa convenida ya. Nos desposaremos tan pronto como anhelas y en gracia de Dios y que rabien los envidiosos.
 — En efecto, dentro de quince días fué don Ni Can Orólatra marido de la doncella del baron en gracia de Dios y con rabia de los envidiosos.
 Al poco tiempo y cuando ya tenia fruto de bendición el dichoso matrimonio en una hija rubia como una es-

trella, alegre y juguetona como unas brisas, que, dicho sea de paso, no se parecía en nada al marido de su madre, se presentó este cerca del baron del Alcornoque ponderando por un lado su pobreza y por otro sus cargas y obligaciones, obteniendo por mediación de su excelencia el cargo que anhelaba de cobrador de impuestos de la villa. No hay para qué decir que este cargo no era carga para un contador tan hábil como el ex-mayordomo.
 Despues y andando el tiempo, fué regidor y aun alcalde. Y con esto y la recomendacion de ambos varones vivo y muerto, llegó á ser don Can una persona respetable en el lugar y allende; respetable, repetimos, para todos, menos para el ladrón que lo desbalijara llevándose las alhajas de su esposa, sin dejarle para consuelo una sola á la sazón ó desazon de hallarse en el Bosquecillo toda la familia. Así á lo menos se lo dijo á la Geromina y esta lo creyó bajo su palabra. Pero el bachiller creyó siempre, y nosotros bajo la suya consignamos, que el ladrón de Geroma era doméstico.
 Sea de esto lo que quiera y volviendo á la respetabilidad de nuestro héroe, sucedió que por aquel entonces, ó sea á los ocho años del matrimonio de don Can, hubo de morir un su amigo, vecino de un lugar cercano; y esto que parece una desgracia, fué la gran fortuna que vino como á meterse por las puertas.
 Era el su amigo un rústico, pero rústico que hubiera podido ser cortesano á título de sus riquezas, que no pocas tenia en bienes raíces de lo más mollar del territorio. También era viudo y sin deudos de ninguna línea, excepto la descendiente, en que tenía un solo vástago, un hijo de algunos trece años.
 Ciento prometía él de vida en buena edad y salud; pero como no es esto el seguro de la vida, ni nada lo es sino la voluntad del cielo, el mozo como el viejo, y como el doliente el sano, todos mueren cuando les llega su hora; y el rico hombre murió cuando le llegó la suya, sin serle dado, como á mortal ninguno, añadir á su tiempo más respiro.
 Pero ántes hubo de acordarse de la crianza y guarda de su hijo, y no teniendo gente de su sangre, pensó en su amigo Nicanor, sin saber que tenia sangre de chino, y con fé en su amistad y esperanza en su honradez lo nombró en su testamento por tutor del impúber, pobre ya, aunque rico.
 En su virtud el probo guardador, despues de haber gemido y aun orado públicamente sobre el sepulcro del amigo, tomó posesion del paraíso terrenal, llevándose el título de pertenencia, ó sea á la inocente criatura, su pupilo.
 (Se continuará.)

Hemos recibido una carta de Barcelona, en la que se nos envía un selo de dos cuartos para aumentar la suscripción destinada a las víctimas del cólera. Por las firmas que trae esta carta suponemos que su autor ha querido burlarse de la caridad y de los pobres. — Es una triste gracia y compadecemos a su autor, que nos permitirá pongamos en su nombre, por los dos cuartos que envía, 20 reales.

Geroglífico del número anterior.

Jóven soltera con alferecía, el remedio hallará en la Vicaría.

Por falta de espacio no podemos publicar hoy el artículo titulado *Galería de matrimonios*.

Dispensen nuestros lectores hasta el número próximo.

El corresponsal de *La Correspondencia* en la Granja, decía el otro día en una carta que él está allí *huyendo del cólera*. La franqueza es la cualidad que más me gusta a mí.

En tiempo de cólera todo el mundo hace voluntariamente lo que en Cuaresma se hace porque lo manda la Iglesia, todo el mundo ayuna.

Se han disuelto las Cortes.

Lo mismo me dá.

Me parece que, para lo que hacen, los diputados podrían ser siempre los mismos.

Yo les haría inamovibles, y los daría casa, ropa limpia y luz en el Congreso, y un jamoncito.

LA SEMILLA Y EL FRUTO.

Un día el amo dijo al esclavo:

—Vé al campo y siembra trigo.

El esclavo fué y sembró cebada.

Llegado el tiempo de la recolección, el amo fué al campo y halló cebada donde creía hallar trigo.

—¿Cómo es esto? dijo á su criado, ¿no te mandé sembrar trigo? ¿por que sembraste cebada?

—He sembrado cebada, respondió el esclavo, con la esperanza de recoger trigo.

—¿Qué locura! ¿dónde has visto hacer cosa semejante?

El esclavo respondió:

—Tú mismo siembras á todas las horas del día la semilla del mal en el campo del mundo, esperando sin duda recoger los frutos de la vida eterna el día de la resurrección; por eso yo he pensado que la cebada produciría trigo.

Esta lección corrigió al amo de todos sus vicios.

Es lástima que el Gobierno, en estos días pasados en que la tristeza era general, no haya abierto las Cortes antes de disolverlas.

Nos hubiéramos reído un poco.

Dicen que con la disolución ya está seguro el Gobierno.

Mucha, mucha disolución hay aquí.

Lo que yo no veo es la solución.

La empresa del teatro Real ha tenido la... bondad de enviar á la redacción de EL CASCABEL una entrada general, que hemos devuelto á la contaduría, suponiendo que por una equivocación se nos ha dirigido ese regalo.

EL CASCABEL no recibe billetes de ningún teatro; cuando hay en ellos algo bueno, se rasca pelo arriba para ir á verlo.

A otro le hubiera ofendido la empresa con enviarle esa entrada para el infernal paraíso del teatro, pero á mí no me ofende esa pequeñez...

El que no está hecho á bragas...

Logogrifo del número anterior.

CARIDAD.

He aquí una singular coincidencia.

Al mismo tiempo, hace pocos días, que la Dirección de ventas de bienes nacionales notificaba á la santa Hermandad del R. F. I. G. que se le declaraban en venta los que tan legítimamente pertenecen á aquella piañosa fundación, el gobernador pedía á la Hermandad que trasladase á los hospitales de Zaragoza, Valladolid, Toledo y Leganés todos los locos existentes en el General de esta corte, cuyo servicio, que es muy costoso, lo ha verificado la Hermandad inmediatamente.

Este es, pongo por caso, como si va uno á casa de V., le quita todo lo que tiene, y además le dice: —Limpíame V. las botas y cómpreme V. una jaula á mi mujer.»

¡Qué cosas se ven!

Todos los habitantes del distrito de Buena Vista que quieran ingresar en la *Sociedad de los Amigos de los pobres*, cuyo objeto es asistir, socorrer, auxiliar en cualquier forma á los atacados del cólera, se servirán acudir todos los días á las doce de la mañana á la calle del Soldado, número 4, cuarto principal de la izquierda. Se advierte que *Los Amigos de los pobres* no tienen más móvil que la caridad, ni más fin que la caridad.

El distrito de Buena Vista se compone de las parroquias de San Luis y San José, con los barrios de la Montera, Caballero de Gracia, Babao, Reina, San Marcos, Alcalá, Almirante, Belén, Libertad y Plaza de toros.

Nos apresuramos á publicar el siguiente aviso, que nos remiten *Los Amigos de los pobres*, recibido ayer sábado en esta redacción.

De lo recaudado desde el domingo hasta el miércoles en esta redacción para las víctimas del cólera, hemos distribuido las cantidades siguientes:

A los SS. Curas Párrocos de San Millán, San Lo-

renzo y San Ildefonso, considerando que estas son las parroquias que cuentan más número de pobres entre sus feligreses, 500 reales á cada uno, que hacen.

- A la esposa de D. J. A., empleado de corto sueldo, muerto del cólera, y que deja cuatro hijos menores, dos de estos de año y medio, gemelos, calle de Embajadores, núm. 19. 200
- A M. N. viuda con hijos de N. A., de oficio carretero, muerto del cólera. 100
- A B. A., hermana del anterior, viuda de J. M. O. de oficio cajista. 100
- A J. N. lavandera, enferma del cólera, calle del Aguila, número 17. 100
- A F. R. mozo de cuerda, enfermo del cólera, Lavapiés, 13. 60
- A V. Y. convaliente del cólera, que ha perdido una hija de 17 años, á consecuencia de la misma enfermedad, calle del Lavapiés, 13. 40

1,500

200

100

100

100

60

40

2,100

Suscripción abierta en la redacción de EL CASCABEL para socorrer á los pobres cólericos.

INGRESOS HASTA EL JUEVES POR LA MAÑANA.

EL CASCABEL, 1,000 rs.—D. Francisco de Paula de San Millán, 1,000.—El suscriptor D. Rafael Mateo, 20.—D. O. Z., 100.—F. C. O., 20.—F. C., 20.—D. Jacinto de Madrid Dávila, 100.—Una suscritora de EL CASCABEL, 100.—M. S., 10.—M. N. O., 40.—M. N. O., un décimo, número 6,779 (1).—D. Pedro Peñaranda 8.—J. P. A., 8.—Doña Josefa Aguilera de Millá, 40.—Doña María, 40.—M. E., 6.—J. E., 6.—J. R., 6.—Un sugeto 40.—J. I. F., 10.—F. V., 80.—M. G., 10.—Un niño, 4.—Una suscritora de EL CASCABEL, 10.—Por su hija, 10.—Un niño, suscriptor, 4.—P. (suscritora), 20.—D. A., 10.—C. C. C., 20.—C. (suscritora), 60.—D. M. C., 100.—Don Blas Martiñez, sargento segundo del escuadrón del primer tercio de la Guardia civil, comandante del Puerto de Aravaca, 12.—D. Marcelino G.° Vital (Victoria), 4.—José Andueza, Narciso Marquinez, Manuel Larrea, Benito Aliaga, Fermín Ibañez, Bernardo Alvarez, Angel Igea y Nicomedes Pueyo, 8 rs. y 50 céntos.—R. C. de F., 20.—J. A. F., 10.—M. de F., 2.—J. M. G., 2.—Un suscriptor de provincia, 40.—Una niña Filipina 10.—Fermína L., 10.—R. un suscriptor, 40.—D. Juan de Dios Lopez, vecino de Lamincher, 20.—G. Pelaez de Lamadrid, sargento segundo del batallón cazadores de Madrid (Mataró), 10.—Don Higinio Lajo (Tordesillas), 20.—El del sello de dos cuartos, 20.—La Administración de EL CASCABEL, 200.—A. B. y M., amigo de socorrer á los pobres, 20.—Una suscritora y sus dos hijos, 160.—M. suscritora, 20.—D. O. (de Alcalá), 100.

Suscripción abierta en la redacción de EL CASCABEL en favor del Hospital de cigarreras de esta corte.

Emilia C., 10 rs.—Doña Josefa Aguilera de Millá, 10.—B. I., 6.—Una suscritora en carta por el correo interior, 100.—G. Pelaez, sargento segundo (Mataró), 10.

En el próximo número insertaremos la lista de las cantidades que se nos hayan entregado para ambas suscripciones desde el jueves 19 á las tres de la tarde, hora en que entró nuestro número en prensa.

ADVERTENCIAS.

ALMANAQUE DE EL CASCABEL.

40 reales vale, pero se dá en 4.

Contiene, además del Santoral completo, con lunas, vientos, aires, lluvias y toda la astronomía de costumbre, lo siguiente:

- La llave de oro, cuento, de D. Cecilio Navarro.
- La Oración, poesía, de D. Ventura R. Aguilera.
- Los dos dentistas, fabula, de D. José Picon.
- Distracciones, del mismo.
- El cuento de nunca acabar, de El Flaco.
- El amor y el trabajo, poesía, de D. E. Bustillo.
- La Golosina, de Picon.
- Pensamientos sueltos, de D. M. Carrillo.
- La Coqueta, de Doña Angela Grassi.
- Cantares, de D. A. Cotarelo.
- Doña Petronila, de D. Rafael Blasco.
- Poetas, de Zea.
- Corazones y arroyos, de Hurtado.
- Doloras, de Campoamor.
- Epitafios, de D. Rafael Santisteban.
- Poetas, de San Juan.
- La Golondrina, de D. Narciso Serra.
- Un baile de máscaras, de D. Carlos Frontaura.
- Consejos de una abuela, de D. José F. Bremon.
- El Periodismo, de D. Eugenio María Hostos.
- Las dos rosas, de D. Cecilio Navarro.
- La Vicaría, de D. Manuel Juan Diana.
- Receta para ser feliz, de El Flaco.
- La Política, de D. Alejandro Fernel.
- Arrepentimiento, de D. José Espronceda.
- El caballo de bronce, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
- Desahogos inocentes, de D. Eusebio Blasco.
- Educes del amor, de D. Tomás Rodríguez Rubí.
- Parte higiénica.
- Juicio del año, de D. Carlos Frontaura.

Todo esto adornado con 40 viñetas entre grandes y chicas.

Los que se suscriban por seis meses á EL CASCABEL se llevan al momento de valde este Almanaque de EL CASCABEL; es decir, que por tres miserables pesetas tienen 30 números del periódico, lo ménos, y el Almanaque supradicho.

Si alguno quiere suscribirse, y además de pagar la suscripción, paga también el Almanaque, mejor que mejor.

(1) Este décimo no ha salido premiado.

El jueves próximo se publicará un numerito extraordinario para solaz de nuestros lectores.

Adivinanza.



¿Por qué este individuo tiene aversión al matrimonio?

ANUNCIOS.

T. GERMAIN Y COMPAÑIA, FOTÓGRAFOS.

No se da valor al primer retrato. Fuencarral, 29, frente á la de las Infantas. 5

¡AL PUEBLO!...

Consejos higiénicos y remedios preventivos contra el cólera-morbo-asiático, con el modo de disminuir sus estragos y combatir los primeros síntomas hasta la llegada del médico, por el doctor don José Diaz Benito.

Se vende á 2 reales en la Administración de EL CASCABEL, calle de los Caños, núm. 4. Se remite á provincias á los que envíen cinco sellos de cuatro cuartos.



Aceite Anticano.—Las personas que tengan el cabello sin canas y deseen conservarlo sin ellas, deben servirse continuamente del Anticano. Nueve años de un uso constante dan la seguridad al señor Marquinez de poder ofrecer su preparación como verdaderamente eficaz. Depósito en Madrid, Montera, 8, peluquería de Pinta. 9

LIQUIDACION POSITIVA DE GÉNEROS.

Pañuelos de Manila bordados y lisos, de 80 hasta 2000 reales; idem de lana, de 20 hasta 120 reales. Drogas, última novedad, de 6 hasta 12 reales. Lanillas, entretiempos, 2 1/2, 3, 3 1/2 y 4. Alpacas á 4 y 4 1/2. Tartanes á 3 1/2 y 4. Hamburgos y Madapolanes, á 2 1/2, 3, 3 1/2 y 4. Indianas, á 2 1/2 y 3. Percalinas á 2 y 2 1/2. Lencería de todas clases y precios. Postas, 32, al lado del portal de la Virgen.

Música publicada por don José Flores Laguna, director de el Orfeon artístico-matritense.

Cuadro sinóptico-histórico musical, dedicado al señor don Hilarión Eslava, maestro de la real capilla de S. M., premiado en la exposición pública de 1862. Precio, 30 rs. *Método ó curso de canto llano y figurado*, con los solfeos, vocalizaciones, etc., 6 rs. *Curso musical, teórico-práctico*, experimentado, dedicado á los orfeones y escuelas especiales de España, adoptado ya en varias clases. Precio, 24 rs. *La Caza*, coro orfeonal (alemán), 4 rs. *El Quiriquit-quit-quit*, bonita tonada gallega, para niños orfeonistas, 4 rs. Se despachan en todos los almacenes de música, en la copistería del teatro Real, por Mr. Fazzini, en la secretaría del Orfeon artístico matritense, calle del Peñón, núm. 22, principal, y en casa del autor, calle de los Caños, 5.

AL ABANICO DE ORO.

Plazuela del Angel, núm. 6, casa esquina á la calle de Espoz y Mina.

En este establecimiento encontrará el público un abundante y variado surtido en paraguas, sombrillas y abanicos, todos de última novedad y á precios sumamente arreglados.

A LOS ESTUDIANTES.

Academias de *Taquigrafía y Enseñanza privada*, ó repaso de todas las asignaturas previas á los grados de *Bachiller en artes y Doctor en derecho*, bajo la dirección de un antiguo abogado de esta Corte y Taquígrafo de Senado.—Reloj, 14, principal.

Por lo contenido en este número, **F. Perezagua.**

Editor responsable, **D. Diego Mendez.**

MADRID: 1865.—Imprenta de **EL CASCABEL**, Á CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, núm. 4, bajo.